

demostraríamos que éramos de aquellos que quieren neciamente engañar á Dios con la mentira. No hay cosa alguna en que más deba resplandecer la sinceridad que en la oracion del *Padre nuestro*; la sinceridad es tal vez la cualidad más difícil para la flaqueza humana, por esto tambien la oracion del *Padre nuestro* es difícil de ser rezada perfectamente; por esto el día en que con profunda verdad digas el *Padre nuestro* serás un verdadero discípulo de Cristo, ó mejor dicho, serás otro Cristo.

Mas ten entendido que ni un buen pensamiento puedes hacer, si el Señor no viene en tu auxilio para formarle; por lo cual la misma oracion es un medio para orar bien. Aun en las artes humanas, el ejercicio de las mismas es condicion necesaria para salir maestro en ellas; así tambien en este divino arte de la oracion, los aficionados á ella, los que con frecuencia la usan, son los que llegan á jugar diestramente de esta espada, con la que hemos de degollar á los enemigos de nuestra alma, el mundo, el demonio y la carne. Los que no se dan de veras á la oracion nunca sabrán hacerla; al revés, ora de veras, y entonces tu corazon se hará apto para este dulcísimo ejercicio.

### § I.

#### De cinco excelencias que tiene la oracion del Padre nuestro.

El glorioso doctor santo Tomás de Aquino (1) declara que las cinco principales excelencias que tiene la oracion en general, de un modo particular están contenidas en la del *Padre nuestro*; y las vamos á explicar aquí de una manera compendiosa.

Debe en primer lugar la oracion ser *confiada*: es la base y fundamento de que nuestra oracion sea oída; no debemos vacilar, nuestra confianza ha de ser inquebrantable; no logra fortuna delante de un tribunal el que al apoyar su pretension manifiesta dudas de alcanzar un éxito favorable, porque en esto mismo demuestra ó que no está seguro de tener la razon de su parte, ó de que desconfia de la justicia del juez. Mas al presentarnos delante del Juez celestial, y al pedirle lo que le pedimos en la oracion del

(1) Expos. in orat. dominic.

*Padre nuestro*, nuestra seguridad ha de ser absoluta, porque aquellas palabras nos las enseñó el único y verdadero é infalible Abogado que tenemos junto al Padre, Jesucristo nuestro Señor (1), y de Él dijo el mismo Padre que si clamaba sería oído (2); y aquellas expresiones que nosotros pronunciamos con la boca de nuestra carne resuenan de una manera eficacísima en el seno del Padre celestial, porque son las palabras del Hijo que mora en el seno del Padre, y sin momento de interrupcion aboga en favor nuestro.

Nuestra oracion debe ser *recta*: es decir, nuestra humilde súplica ha de ser digna de Dios, decente, conforme á la dignidad de Dios. ¡Cuántas impertinencias le piden á Dios los devotos! ¡Cuántas cosas indignas de aquel Señor santo y eterno que nos ha enviado al mundo, prohibiéndonos apegarnos á él, y mandándonos vivir sobre la tierra como extranjeros y peregrinos! Y sin embargo, necesitamos de las cosas de la tierra, y no podemos vivir sin ellas; por lo

(1) I Joan. II, 1.

(2) Ps. xc, 13.

cual nos encontramos confusos, sin saber lo que pedir. Por esto los discípulos de Jesucristo, perplejos en medio de estas dudas, conociendo que debian orar, pero no sabiendo como hacerlo, dirigíanle aquellas palabras: «Señor, enseñadnos de orar (1).» Entonces fué cuando el Señor, para que aprendiésemos de orar rectamente, hizose nuestro maestro, y enseñónos la oracion del *Padre nuestro*, por lo cual san Agustin, con admirable luz, escribió aquella sentencia: Sean cuales fueren las palabras que digamos, si oramos de una manera recta y conveniente, todo lo que decimos va contenido en el *Padre nuestro*, porque es la regla, la norma, el modelo de toda oracion.

Pedimos lo que deseamos: nuestra oracion es, pues, nuestro deseo: sin éste la oracion es como un proyectil sin pólvora, que no tendrá el empuje suficiente para herir su blanco. La oracion es, pues, la manifestacion, la exposicion del deseo, y como éste debe ser *ordenado*. El órden consiste en que cada cosa, ó cada parte de la cosa, ocupe el lugar que le corresponde; que lo principal sea

(1) Luc. xi, 1.

preferido á lo secundario, que nuestros intereses eternos se sobrepongan á los temporales, que en nuestra oracion atengamos más á lo espiritual que á lo carnal, á lo celestial que á lo terreno, y entonces se cumplirá aquella divina sentencia: Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (1). Y ¿no ves tú, cristiano, como en esta divina oracion, las primeras peticiones van dirigidas á lo celestial, y las últimas á obtener la satisfaccion de lo que en la tierra necesitamos?

Es cualidad que hermosea y hace eficaz nuestra oracion, el que sea *devota*. La uncion la hace penetrante y agradable, porque la hace suave; y ¿cuál oracion más devota, en qué palabras puede encontrarse más profunda uncion que en las del *Padre nuestro*? La devocion ó uncion es el jugo natural de la caridad, y de esta soberana virtud está empapado el *Padre nuestro*. Caridad hácia Dios, á quien comenzamos por invocar con el nombre más dulce y sabroso que existe en el lenguaje humano, con el nombre que dispierta en nuestro corazon más tiernos afec-

(1) Matth. xi, 33.

tos, con el nombre de *Padre*; caridad hácia nuestros semejantes, porque al invocar al Padre, no le llamo mio sino *nuestro*, y de consiguiente recuerdo el íntimo lazo de fraternidad que me une con todo el resto del linaje humano; y por si hubiese sobrevenido alguna dureza en el trato con los prójimos, la quebrantamos al decir: *Perdonamos á nuestros deudores*.

Dice el Señor que siempre le agradó la oracion de los humildes y mansos, porque es la quinta condicion de la oracion, segun santo Tomás, el que sea *humilde*, y el *Padre nuestro* es la oracion de los humildes, es la oracion de quien no fia de sí, ni aun para suplicar, por lo cual acude á servirse de las palabras de Jesucristo.

## § II.

### Exordio del Padre nuestro.

A las siete peticiones del *Padre nuestro* precede un preámbulo ó exordio de pocas palabras, pero de altísima significacion y de profundo efecto.

*Padre nuestro que estás en los cielos.*

Los hombres no se atrevían á llamar Padre á su Dios hasta que Jesucristo se lo enseñó: conocían á Dios, pero le temían en exceso; su pecado les hacía pusilánimes, hasta que la gracia cristiana, cubriendo como con un rico vestido la vergonzosa desnudez de la corrompida naturaleza humana, dió al hombre valor y conocimiento de la nobleza de sí mismo, por lo cual, levantando la frente al cielo, con amorosa voz dice el descendiente de Adán: *Padre*. Dios es verdaderamente nuestro Padre, y no podemos dar con verdad este nombre más que á Él: los que llamamos padres en la tierra son sus instrumentos, y así como la imagen pintada en el lienzo no es obra del pincel ni de los colores, sino del inteligente artista, así nosotros más que obra de nuestros padres, más que engendrados por ellos, lo fuimos por el eterno y sapientísimo Artífice, cuyas manos fabricaron el sol. Por esto decía á sus hijos aquella ilustre mujer, la madre de los santos Macabeos, al ir á ser inmolados por la ley de Dios: «Yo soy vuestra madre, mas no fui yo quien dió á vuestro cuerpo la disposición debida, la que colocó cada

miembro en su lugar y dió vista á vuestros ojos, oído á vuestras orejas y luz á vuestro entendimiento.» El Señor está tan celoso de su título de padre que no se lo quiere dejar arrebatado, por lo cual Jesucristo decía á los que le seguían: «No podeis con propiedad llamar á nadie padre en la tierra, porque uno es el solo verdadero Padre, que es el que está en los cielos (1).»

¿Qué obligaciones, pues, tendríamos para con este nuestro augustísimo Padre?

Debémosle en primer lugar honor y reverencia. Todo hijo lo debe á su padre; á ello la naturaleza le inclina, la razón lo enseña y la conciencia lo manda. Un padre no ama á su hijo si éste no le tributa la natural reverencia; el tal hijo fuera un hijo desnaturalizado: al revés, con la reverencia el padre atiende benigno á su hijo. Aun el Padre eterno, dice san Pablo (2), oyó las súplicas de su Hijo hecho hombre, por la suma reverencia con que le oraba. ¿Quién no sabe la profunda humildad y acatamiento con que Jesús oró durante los días de su vida sobre

(1) Matth. xxii, 9.

(2) Hebr. v, 7.

la tierra? Sea, pues, tu adoracion, cristiano, parecida á la del devoto Hijo de Maria; suelta en la presencia divina los más humildes afectos de tu corazon; suban como el humo del incienso, purificados con el fuego de la caridad, y tu oracion será benignamente acogida por el Eterno. Si tú oras como hijo amante y respetuoso, Dios te oirá como Padre amorosísimo.

Mas no creas que baste á tu oracion el que sea reverente sólo tu palabra, debe serlo tu espíritu; y la humilde reverencia del hijo importa que sea imitador de su padre. ¿Qué es la reverencia sino reconocimiento de superior excelencia? Luego debemos imitar á quien la posea. Al comenzar, pues, tu oracion, levanta los ojos del alma al perfectísimo Padre celestial, y acuérdate que quien te enseñó la oracion dominical tambien te exhorta á ser perfecto, porque perfecto es el Padre de los cielos. Y esta perfeccion viene cifrada en una virtud muy propia de todo hijo, y de la cual dió admirable ejemplo el eterno Hijo de Dios: la obediencia. Este fué su pan de cada dia, con él se mantuvo mientras vivió, y fué obediente hasta morir. No basta que en la

oracion del *Padre nuestro* tomes las palabras de la misma boca de Dios, debes de su corazon tomar los afectos, y de su conducta imitar las obras: el perfecto adorador lo es con toda plenitud, con todas las fuerzas de su sér; de los que toman su santo nombre en la boca, pero tienen de El lejos el corazon, dijo Jesucristo que por más que clamasen: Señor, Señor, no entrarian en el reino de los cielos (1).

La palabra *nuestro* que decimos despues de Padre, es de gran consolacion y enseñanza. Dios es Padre no sólo mio sino de todos los hombres: luego á todos vengo unido con el dulce lazo de la fraternidad; mi amor debe extenderse hasta donde respire una criatura racional, mi amor es inmenso, y sin restriccion alguna llega á todas las partes de la tierra: allí donde hay un hombre allí hay un hijo de Dios, y tengo un hermano. El reino de la gracia cristiana es un reino comunista, en él no hay exclusion de nadie, aun los malos y perdidos, aun los desesperados son llamados á ella; en este banquete divino todos tienen su puesto: po-

(1) Matth. vii, 11.

drá ser que rebeldes á la invitacion del Señor se resistan á probar la suave dulzura de la adoracion divina; pero cuando menos percibirán el intenso olor de la misma, que siguiendo distintas direcciones se esparrama por toda la tierra. El adorador cristiano debe, pues, amar á todos los hombres como hermanos; si no ama á su hermano á quien ve ¿cómo podrá amar á Dios á quien no ve (1)? Si no amas tente por muerto. Son tus prójimos, sean cuales fueren, hijos de Dios; débesles de consiguiente reverencia, débesles auxilio en sus necesidades, consuelo en sus aflicciones, alivio en sus pesares; debemos honrarnos mutuamente los unos á los otros, y cada uno rogar por todos. Si de tu oracion excluyes á alguien, si dejas de orar siquiera no sea más que por uno, ya no rezas el *Padre nuestro*, ya no haces la oracion cristiana, ya no eres discípulo de Cristo que por todos derramó su sangre, y mandó que por todos orásemos.

Esta santa oracion es, pues, como un memorial de siete peticiones; que el linaje humano en masa presenta á su único y ver-

(1) 1 Joan. iv, 20.

dadero Padre; y ¿dónde debe ser entregado? ¿en qué secretaría del Altísimo Rey ser despachado?

*En los cielos.* Nuestro trato con Dios es en los cielos, nuestra oracion no debe ser terrena; Dios está en el mundo, pero no gusta de manifestarse en él; su conversacion sutil y delicada no es compatible con el grosero ruido mundanal. Los cielos son las almas de los justos; allí Dios habita, allí conversa con los suyos, allí oye sus peticiones y atiende á sus súplicas. ¡Oh excelencia de la oracion cristiana! Enséñanos Cristo que debemos presentar nuestra oracion en los cielos; pero estos son inmensos, son el lugar de los justos, mayor que el mundo; la region de los espíritus que se extiende más allá de todos los confines de la tierra. Si tú, cristiano, estás en gracia, tu corazon es cielo, y allí habita Dios y oye tus oraciones. El mismo sacrificio de Cristo, la santa Misa, no tiene esta prerogativa de la oracion de Cristo, el *Padre nuestro*; puédesse tan sólo en determinados lugares ofrecer el santo Sacrificio; la oracion puedes ofrecerla en todos los lugares, porque su lugar propio es tu mismo corazon. Porque Dios habita en el

alma del justo, siendo un verdadero cielo, dijo ya el profeta David que el Señor está cerca de todos los que le invocan (1).

Pero el cielo de los santos que aún viven no puede compararse con el cielo de los bienaventurados. Aquellos no tienen aún la purificación suma, la perfección inalterable y perpetua; pero los santos que ya gozan de la vista de Dios, revestidos de una inmensa gloria, son los propios cielos, la habitación altísima que al Señor plugo crear para sí; aquella es la verdadera Iglesia y la verdadera Esposa del Señor, sin mácula ni arruga, de hermosura divina y aquilatada con el fuego de una inmensa caridad. Allí, pues, también el cristiano puede dirigir su oración y elevar su mente; siempre que el alma con la humilde oración penetra en el cielo, baja de allí enriquecida de soberanos dones; si logra contemplar aquella visión de paz, ya no se enamora del mundo, tiene su corazón donde está su tesoro, lo levanta hacia arriba, y ya sólo le gustan y deleitan las cosas levantadas y sublimes.

Porque estamos en la tierra, debemos,

(1) Psalm. CXLIV, 18.

Padre nuestro, orar á Vos en los cielos. Porque estamos en lugar de corrupción y de muerte, de guerra y de tiranía, debemos levantarnos hacia la pura mansión de la vida y de la libertad. Gracias os damos, Señor Jesucristo, porque aún mientras vivimos la grosera vida de la carne nos enseñaste, en alas de la fe, á subir á los cielos en nuestros momentos de oración.

### § III.

#### Primera petición.

Si somos hijos de Dios, nuestro primero y natural deseo ha de ser la exaltación y alabanza de su nombre; por esto decimos: *Santificado sea el tu nombre*. El afecto natural de nuestros corazones expresado en esta primera petición, este primer deseo que á Dios manifestamos, es la unión de la voz del hombre al concierto universal de todas las criaturas que alaban y bendicen á su Criador. Alaba al Señor el mar con el rumor de sus olas, siempre repetidas y de expresiva monotonía, como los *Padre nuestros* y *Ave*

*Marias* de un eterno Rosario; alábane las compañías de aves que vuelan por los aires cantando, como un coro de inocentes vírgenes, con las alas extendidas, como con los brazos en cruz, diciendo algo que se parece á la oracion (1); alábele en las nubes el estampido del trueno, *Gloria Patri* que pone de rodillas en adoracion del santo nombre al hombre más despreocupado, cuando no está cohibido por la tiranía del amor propio. David, rey y profeta, en muchos de sus salmos reunió las elocuentes alabanzas de las criaturas irracionales al nombre divino; compuso himnos de admirable belleza, y convidó á todos los hombres para que alabasen el nombre del Señor; mas Jesucristo, Dios y hombre, que vino á perfeccionar á David y á todos los Profetas, superó la oracion antigua, y al dar nueva vida al descendiente de Adan, hizo que juntase su voz á la de todas las criaturas, y que dirigiese el inmenso coro de toda la creacion, pronunciando con toda reverencia estas palabras: *Santificado sea el tu nombre*. Dios, en el principio del mundo, enseñó á orar á todas las criaturas; sólo el

(1) Tert. *De orat.* XXIX.

hombre, el más obligado á conservarla, olvidó la leccion, y por esto Jesucristo enseña de alabar y santificar el nombre de Dios. Es este nombre admirable. En los reinos de la tierra las leyes se promulgan, se administra la justicia, se gobiernan los pueblos en el nombre del monarca; el Rey de los siglos, inmortal é invisible, en el nombre de Dios ha querido que se obrasen todas las maravillas del régimen sobrenatural de las almas; en el nombre de Dios Uno y Trino somos regenerados en las aguas del bautismo; en el mismo se nos perdonan los pecados y se nos abren las puertas del cielo. Al hablar del nombre de Dios, no debes creer que su admirable virtud provenga de las letras de que se compone, ó de los sonidos que lo expresan, sino de la infinita excelencia del Sér que significa. Nombre dulce y amable, porque es salvacion, y fuera de él no la hay; con frecuencia en el mundo suenan nombres como de salvadores de la humanidad, riete de ellos: nadie fuera de Dios puede salvar al pueblo. Por esto los santos siempre tienen en su boca el nombre de Dios, y en particular el de Dios encarnado, Cristo Jesús. San Ignacio, mártir, refiere santo To-



más de Aquino, lo pronunciaba con tanta frecuencia y devoción, que llamando la atención del emperador Trajano, le mandó que negase el santo Nombre; el Mártir contestó que no podrían quitarlo de su boca, y que si le cortaban la cabeza lo encontrarían en su corazón. Una vez decapitado el Santo, manda Trajano, llevado de la curiosidad, que le saquen el corazón, y en él encontróse escrito, en letras de oro, el nombre del Señor Jesús. La veneración que consigo lleva se extiende á todo lo criado; á todos los seres que pueden comprender su significado hácese imponente el santo nombre de Dios. El cielo, la tierra y el infierno, dice san Pablo, doblan ante él la rodilla. Y aun ¿qué sucedería si este nombre inefable pudiese ser plenamente comprendido? Porque su significado sólo el mismo Dios lo comprende, y el imbécil hijo de Adán, de corto y obcecado entendimiento, muchas veces lo pronuncia con bestial indiferencia.

¡Cuán poco honrado y alabado es el nombre de Dios en el mundo! Hay gentes y naciones que lo ignoran; otros que lo blasfeman y le tienen odio y envidia; otros, y éstos por desgracia son numerosos en el

pueblo cristiano, que con la lengua le honran, que tienen el santo Nombre en la boca, mas no en el corazón. Muchos que con su fe lo confiesan, mas con sus obras lo niegan; y éstos son los peores, porque apartan de Dios á aquellos que atraídos por su suavidad, son repelidos por los malos ejemplos de los que se predicán sus hijos. La alabanza y santificación del Nombre divino es esencialmente práctica; la fe del cristiano ha de ser confirmada por sus obras.

Mas ya hemos dicho que la oración del *Padre nuestro* es la oración de la humildad. El adorador cristiano ha de ser ante todo humilde. Mira como de este gran deseo de la santificación ó glorificación del nombre del Señor no pretende alcanzar el cumplimiento con su solo esfuerzo; Dios mismo es el que ha de realizar la obra. *Santificado sea el tu nombre*; yo sólo puedo desear y pedir, yo sólo puedo suplicar; mas las súplicas y oraciones del cristiano tienen una eficacia poderosa, y el mismo Eterno se rinde á la suave violencia que le hace la palabra de su Hijo Jesús, puesta en boca del fiel cristiano. Del Señor son todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia; nosotros sólo le pode-

mos pedir que los derrame por el mundo; el mismo Dios es la causa de su santificación, y su gloria es el resplandor de su grandeza, como la luz es el resplandor del sol; mas los hombres podemos reconocer, confesar y publicar su gloria, hacernos eco de los espíritus bienaventurados que santifican el Nombre divino llamándole: *Santo, Santo, Santo*, y al pronunciar con nuestra lengua corruptible el *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto* cumplimos el precepto de Jesucristo de santificar el nombre del Padre celestial.

#### § IV.

##### Segunda petición.

Si el nombre del Señor fuese de veras santificado por los hombres, la tierra sería en realidad el reino de Dios. Jesucristo nos enseñó de decir: *Venga á nos el tu reino*. Él reconquistó para su Padre el reino del mundo; de derecho es, pues, la tierra el reino del Señor, mas desgraciadamente no lo es asimismo de hecho. Reina Dios sobre todas

las criaturas insensibles é irracionales; los elementos le sirven, cabalga los vientos y huracanes más impetuosos, y no se apartan de la dirección en que les empuja; por su misma mano vibra los rayos, y sólo hieren á quien los asesta; al mandato de su voz las aguas bajan de las nubes, y después del fondo de los hondos valles suben á la cima de las montañas; da su comida al rugiente león y prepara las madrigueras al asustadizo conejo. Toda la tierra, dice el profeta David después de haber cantado las grandezas del dominio divino, es una posesión del Señor (1). Pero todo el universo es nada, en la estimación de Dios, al lado del hombre, que es su sér querido y el objeto de sus complacencias; el reino que el Señor apetece es el corazón de los hombres. Dame, hijo, tu corazón, dice el Señor (2); quiere reinar en nosotros por amor; quiere establecer su trono en nuestras almas; quiere, lo mismo que domina la materia, dominar los espíritus; que las voluntades de los hombres se guíen libremente por su ley, como la crea-

(1) Psalm. ciii.

(2) Prov. xxiii, 26.

cion entera se sujeta á su voluntad y cumple sus mandatos. En el mundo de la materia Dios no tiene enemigo alguno, ni encuentran en él obstáculo ni resistencia sus leyes; mas en el mundo de los espíritus tiene un enemigo encarnizado, irreconciliable, que es el demonio, y un obstáculo, que es el pecado. Cuando los hombres sirven al demonio, es decir, cuando siguen las sugerencias del demonio y se entregan á los vicios, y se dejan á merced de las pasiones, entonces no son el reino de Dios; en definitiva vendrán á caer bajo la ley divina que ahora rechazan, y el infierno, á donde los tales se encaminan, es una de las provincias del reino de Dios donde la ley se aplica con toda su justicia. Mas el discípulo de Cristo pide que venga su reino ya desde ahora, por dos razones. El deseo más vehemente y el estímulo más eficaz del Hijo de Dios es la glorificación de su Padre celestial; cuanto más perfecto es un hijo, tanto más poderoso es en él este deseo, que es el principio y móvil de la conducta de los santos. Por esto el gran san Ignacio de Loyola adoptó por divisa de su empresa: *Ad majorem Dei gloriam*; y del glorioso Padre santo Domingo de Guzman se lee que

decía, que su máximo gozo fuera que para acrecentamiento de la gloria divina y exaltación de la fe católica, estando él hasta el fin en todo conocimiento, su cuerpo fuese pausadamente mutilado á pedacitos, para que el martirio se prolongase más. Este deseo de los santos es el deseo de Dios, que crió, dice la sagrada Escritura, la humanidad y el mundo para sí mismo (1), es decir, para su gloria. Por esto un día ú otro tendrá perfecto cumplimiento, y no habrá criatura alguna que en un día ú otro de su existencia no sea como una piedra del inmortal monumento de la gloria divina: ó en el infierno entre espantosos y eternos tormentos, con alaridos de dolor y desesperación irremediables, alabaré involuntariamente la grandeza de la justicia divina, ó entre los coros angélicos del cielo con dulces himnos cantará eternamente las misericordias del Señor. La primera razón, pues, por la que el Hijo de Dios le pide á su Padre que pronto *venga á nos el su reino*, es porque toda dilatación de su gloria es injusta, y quiere que el reino divino no sufra interrupción ni excepción de

(1) Prov. xvi, 4.

ninguna especie; que la gloria divina no se amengüe por los pecados de los hombres, sino que tal como fué en el principio, es decir, antes que los ángeles y los hombres la hubiesen oscurecido con sus rebeliones, cuando la voluntad divina imperaba sin contradicción, sea ahora en que los demonios maquinan contra Dios, y los hombres maleados por el pecado son excitados al quebrantamiento de la ley divina por sus impetuosas é irracionales pasiones. La segunda razón por la que anhelamos que *venga á nos el su reino* es un efecto del sentimiento generador de la oración del *Padre nuestro*; el amor. Amamos á nuestro prójimos, y aun cuando ante todo deseamos la gloria divina, ofuscada por los pecadores, pero reparable por el castigo y las penas eternas de los mismos, sabemos que la restauración del reinado de Dios en estas almas es posible por la vía del amor y del arrepentimiento; por lo cual con esta súplica imploramos del Señor que su reino aparezca entre nosotros, que el pueblo que adquirió con su propia sangre sea en efecto el pueblo escogido, la generación santa, el real linaje, su verdadero dominio y posesión.

El amor verdadero es impaciente cuando se trata de la gloria del Amado; por lo cual el cristiano, si bien está seguro de que un día el dominio divino sobre los hombres, el reino de Dios, se manifestará con el magnífico cumplimiento del atributo de la misericordia en un cielo cuya hermosura, bondad y perfección no alcanzamos, y con la sublime realización del atributo de su justicia infinita en un infierno cuyos tormentos grandiosos y crudísimos no podemos imaginar, no obstante, ya desde ahora, antes de acabarse los tiempos y comenzar la eternidad, sobre esta tierra que pisamos anhela que se establezca el reino del Señor, y se cumplan aquellas palabras del Apocalipsis (1): «Nos hiciste para nuestro Dios reyes y sacerdotes, y reinaremos sobre la tierra hasta que después reinemos contigo en el cielo.»

Mas el reino de Dios en la tierra es sólo como una imagen y sombra del reino de Dios en los cielos. Es aquél siempre imperfecto, inconstante, perturbado por las humanas pasiones, sujeto á sufrir las impug-

(1) v, 10.

naciones de los espíritus perversos; al paso que éste es ya eterno y por tanto invariable, perfectísimo como el mismo Dios, al cual los demonios no tienen acceso, y donde el Señor hace participantes de su misma vida, alimentándolos con su substancia, á los que tienen la dicha de morar en sus dominios. Allá, pues, el verdadero cristiano tiene fijos los ojos y colocadas sus esperanzas; sabe que aquí sólo somos huéspedes y peregrinos; que el demonio va dando vueltas á nuestro alrededor como leon rugiente buscando á quien devorar, por lo cual sintiendo la amargura del destierro, gimiendo por la posesión de la patria celeste, exclama: *Venga á nos el tu reino*. Sí; venga, Señor, este tu reino que también es nuestro, del cual somos herederos por los méritos de Cristo; pero cuya posesión es incierta, cuyo derecho de herencia podemos perder á cada instante abandonados á nuestra inconstancia, á nuestra voluntad caprichosa y necia, sujeta de mil maneras á los embelesadores y falsos atractivos de las pasiones.

## § V.

## Tercera peticion.

El reino de Dios ha de tener una ley, y ésta es su misma voluntad. Por esto decimos *hágase tu voluntad*. Nadie entrará en la gloria si no cumple la voluntad de Dios; y nadie con sus solas fuerzas es capaz de cumplirla. Por esto decimos *hágase; nó haz ni haré*. Decir y prometer que yo haré la voluntad de Dios sería expresion temeraria, orgullosa y falsa; decir y querer que sea Dios mismo quien la haga, sería inútil y ocioso. Es muy sabida aquella expresion de san Agustin: «Aquel que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» La obra de la salvacion la cumplen de consuno Dios y el hombre; es una empresa en la que andan asociados el Criador y la criatura, siendo garantía de éxito la union íntima, fiel y absoluta entre los dos. Por esto renunciando al capricho de nuestra voluntad, á la falsa soberania de que el orgullo y amor propio nos presentan vestidos, ponemos nuestro cuello bajo el